

La vida intelectual: pensar, leer, escribir

Jaime Nubiola

(jnubiola@unav.es)

"Vivir es escribir"

F. Schlegel, *Sobre la filosofía* (1799)

En primer lugar, quiero agradecer muy vivamente la invitación de la profesora Carmen Herrando para impartir esta sesión. Estuve dándole vueltas al tema de mi intervención y decidí hablaros de *la vida intelectual*, porque es algo que llevo yo muy metido en el corazón y en toda mi actividad, y quizá porque no es aquello de lo que más se habla en la televisión y en los demás medios de comunicación y es, sin duda, lo que todos más necesitamos para disfrutar en nuestra vida

Me gusta comparar la vida intelectual al trabajo en uno de aquellos antiguos telares manuales que hace décadas había en todos los pueblos y ahora ya solo pueden encontrarse en los museos etnográficos. Podría decirse que en el telar de la vida intelectual, la urdimbre (que es el nombre que se daba al conjunto de hilos que se colocan en el telar paralelamente unos a otros) es el leer, la trama (que es el conjunto de hilos que cruzados y enlazados con los de la urdimbre forman una tela) es el pensar, y la escritura es el resultado de nuestro trabajo, el texto, pues —como ya advirtió Cicerón— "*textus*" viene efectivamente de "tejer". Los textos, que son el mejor producto de la vida intelectual, son tejidos verbales, son los bordados elaborados con los hilos de la propia experiencia (la trama del pensar) sobre la experiencia de los demás (la urdimbre del leer).

De acuerdo con este esquema presentaré brevemente algunos de los aspectos de la vida intelectual¹.

1. La aventura de pensar

Desde hace siglos la vida intelectual ha sido caracterizada como aquel tipo de vida en el que toda la actividad de la persona está conducida por el amor a la sabiduría, por el *amor sapientiae* renacentista, por la búsqueda de la verdad. Lo que más nos atrae a los seres humanos es aprender: "Todos los hombres por naturaleza anhelan saber", escribió Aristóteles en el arranque de su *Metafísica*. Como el aprender es actuación de la íntima espontaneidad y, al mismo tiempo, apertura a la realidad exterior y a los demás, la vida de quienes tienen esa aspiración a progresar en la comprensión de sí mismos y de la realidad, resulta de ordinario mucho más gozosa y rica.

Leía hace algún tiempo en un manual de relaciones públicas unas palabras sugestivas que vienen a decir esto mismo a propósito de las mentes curiosas y os gustarán. Las vuelvo a leer ahora:

¹ Muchas de las ideas que aquí expongo están desarrolladas con más amplitud en mi libro *El taller de la filosofía. Una introducción a la escritura filosófica*, Eunsá, Pamplona, 1999.

"Muchas veces la cultura viene dada por la curiosidad. Desde la infancia hasta la vejez, las mentes inquietas y curiosas desean aprender, no conformándose con la educación académica. Les interesa el por qué de las cosas, investigan, observan, buscan respuestas a sus interrogantes, acuden a talleres, cursos, exposiciones, seminarios... El caso es que siempre encuentran algo interesante que hacer con su tiempo libre y nunca se aburren. Además saben sacar el máximo partido a todo aquello que hacen y se recrean en cada una de sus actividades. No importa que su interés sea artístico y opten por la música o por la pintura, que prefieran aprender cocina, jardinería, (...) informática, fotografía o teatro. Lo importante es que sienten esa necesidad continua de aprender cosas nuevas y son capaces de disfrutar de todas ellas."²

Así sois vosotros, gente curiosa y con ganas de aprender cosas nuevas.

No hay crecimiento intelectual sin reflexión, y en la vida de muchas personas no hay reflexión si no se tropieza con fracasos, conflictos inesperados o contradicciones personales. La primera regla de la razón —insistió "mi" filósofo Charles Sanders Peirce (1839-1914) una y otra vez— es "el deseo de aprender"; y en otro lugar añadía: "La vida de la ciencia está en el deseo de aprender"³. En la puerta de mi despacho en la Universidad tengo puesto este letrero en inglés. "*The life of science is in the desire to learn*", para animar a los estudiantes a entrar para hacer preguntas.

La experiencia universal, la de todos y la de cada uno, muestra con claridad que realmente sólo desea aprender quien está dispuesto a cambiar, aunque el cambio a veces pueda resultarle muy costoso. Por eso el ponerse a pensar es una aventura que entraña riesgos, pues el genuino deseo de aprender implica el no darse por satisfecho con lo que uno tiende naturalmente a pensar sea por tradición, hábito o costumbre: lo que se ha hecho siempre, lo que me han dicho, lo que es de sentido común. Viene ahora a mi cabeza la fuerza con la que la profesora de Harvard Mary Ann Glendon decía que hemos de ser capaces de dar razón de las posiciones morales que mantenemos. Ya desde Sócrates, una vida intelectual es una vida examinada, esto es, una vida en la que uno puede dar razón de lo que hace. Eso hace la vida un poco más difícil y, por tanto, mucho más apasionante.

El aprendiz progresa cuando centra su atención en tres zonas distintas de su actividad: espontaneidad, reflexión y corazón. Están las tres íntimamente interrelacionadas entre sí. Quizás esto se advierte mejor en su formulación verbal activa: decir lo que pensamos (espontaneidad), pensar lo que vivimos (reflexión), vivir lo que decimos (corazón). Esas tres áreas pueden ser entendidas como tres ejes o coordenadas del crecimiento personal. Podrían denominarse también *asertividad*, que es el trabajo sobre uno mismo para ganar en protagonismo del propio vivir: es independencia afirmativa, confianza en las propias fuerzas, conocimiento de la potencia del propio esfuerzo; *creatividad*, que es el esfuerzo por reflexionar, por escribir, por fomentar la imaginación, por cultivar la "espontaneidad ilustrada": lleva a convertir el propio vivir en obra de arte; y *corazón*, que es la ilusión apasionada por forjar relaciones comunicativas con los demás, para acompañarles, para ayudarles y sobre todo para aprender de ellos: el corazón es la capacidad de establecer relaciones afectivas con quienes nos rodean, relaciones que tiren de ellos —¡y de nosotros!— para arriba.

² B. Orleans, *El arte de hacer relaciones públicas (bien)*, Aguilar, Madrid, 2005, p. 58

³ C. S. Peirce, *Collected Papers of Charles S. Peirce*, C. Hartshorne, P. Weiss, y A. Burks, (eds.), Harvard University Press, Cambridge, MA, 1936-1958, 1.135 (c.1889) y 1.235 (c.1902).

La espontaneidad es la esencia de la vida intelectual⁴; requiere búsqueda, esfuerzo por vivir, por pensar y expresarse con autenticidad. "Hay sólo un único medio —escribirá Rilke al joven poeta—. Entre en usted. (...) Excave en sí mismo, en busca de una respuesta profunda"⁵. La fuente de la originalidad es siempre la autenticidad del propio vivir. Transferir la responsabilidad del vivir y el pensar a otros, sean estos autoridad, sean los medios de comunicación social que difunden pautas de vida estereotipadas, puede resultar cómodo, pero es del todo opuesto al estilo propio de quien quiere dedicarse a una vida intelectual. Como escribió Gilson, "la vida intelectual es *intelectual* porque es conocimiento, pero es *vida* porque es amor"⁶. Transferir a otros las riendas del vivir, del pensar o del expresarse equivaldría a renunciar a esa vida intelectual, a encorsetar o fosilizar el vivir y a cegar la fuente de la expresión.

Quizá cada persona pueda progresar en esas coordenadas por sendas muy diversas, pero el camino que recomiendo a quienes como vosotros inician su camino hacia la universidad es el de la escritura personal. El cultivo de un pensar apasionante alcanza su mejor expresión en la escritura. Ésta es también la recomendación de Nilo de Ancira en el siglo IV: "... es preciso sacar a la luz los pensamientos sumergidos en las profundidades de la vida pasional, inscribirlos claramente como en una columna y no ocultar su conocimiento a los demás para que no sólo el que pasa por casualidad sepa cómo atravesar el río, sino también para que la experiencia de unos sirva de enseñanza a otros de forma que todo el que se proponga llevar a cabo ahora esa misma travesía le sea facilitada por la experiencia ajena"⁷. Además, poner por escrito lo que pensamos nos ayuda a reflexionar y a comprometernos con lo que decimos: "Escribir —dejó anotado Wittgenstein con una metáfora de ingeniero— es la manera efectiva de poner el vagón derecho sobre los raíles"⁸.

El pensamiento es algo que a los seres humanos nos sale o nos pasa —como el pelo o la maduración sexual— independientemente de nuestra voluntad: no pensamos como queremos. Sin embargo, en el desarrollo del pensamiento tienen un papel muy relevante el entorno social, la lengua y el ambiente en el que acontece el crecimiento de cada una o de cada uno. El horizonte de la vida intelectual se ensancha mediante el estudio, la conversación, la lectura y el cine, pero en particular se enriquece mediante la escritura de aquellas cosas que a cada uno interesan o inquietan. La maduración personal puede lograrse indudablemente de muy diversas maneras. La que quiero alentar aquí es el crecimiento en hondura, en creatividad y en transparencia que se adquiere cuando uno se lanza a expresar por escrito la reflexión sobre su propia vida. Se trata realmente —en expresión de Julián Marías— de "escribir para pensar"⁹.

Cuando una persona se empeña en escribir se transforma en un artista —o al menos en un artesano junto a su telar— porque descubre que el corazón de su razón es la propia imaginación. La espontaneidad buscada con esfuerzo se traduce en creatividad, y la creatividad llega a ser el fruto mejor de la exploración y transformación del propio estilo de pensar y de vivir, del modo de expresarse y de relacionarse comunicativamente con los demás.

⁴ D. Anderson, *Creativity and the Philosophy of C. S. Peirce*, Nijhoff, Dordrecht, 1987, p. 6.

⁵ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza, Madrid, 1980, pp. 24-25.

⁶ E. Gilson, *El amor a la sabiduría*, AYSE, Caracas, 1974, p. 5.

⁷ Nilo de Ancira *Tratado ascético*, Ciudad Nueva, Madrid, 1994, p. 24.

⁸ L. Wittgenstein, *Culture and Value*, Blackwell, Oxford, 1980, p. 39.

⁹ J. Marías, "Pensar y escribir", *ABC*, 24 diciembre 1998.

2. El placer de leer

La primera etapa para aprender a escribir —que dura toda la vida, aunque evoluciona en sus temas y en intensidad— consiste básicamente en coleccionar aquellos textos breves que al leerlos —por primera o por duodécima vez— nos han dado la punzante impresión de que estaban escritos para uno. A veces se trata de una frase suelta de una conversación o de una clase, o incluso un anuncio publicitario o cosa parecida; otras veces se trata de fragmentos literarios o filosóficos que nos han cautivado porque nos parecían verdaderos sobre nosotros mismos. Lo decisivo no es que sean textos considerados "importantes", sino que nos hayan llegado al fondo del corazón. Después hay que leerlos muchas veces. Con su repetida lectura esos textos se ensanchan, y nuestra comprensión y nosotros mismos crecemos con ello.

Lo más práctico es anotar esos textos a mano, sin preocupación excesiva por su literalidad, pero sí indicando la fuente para poder encontrar en el futuro el texto original si lo necesitamos. Esas colecciones de textos en torno a los temas que nos interesan, leídas y releídas una y otra vez, pensadas muchas veces, permiten que cuando uno quiera ponerse a escribir el punto de partida no sea una estremecedora página en blanco, sino todo ese conjunto abigarrado de anotaciones, consideraciones personales, imágenes y metáforas. La escritura no partirá de la nada, sino que será la continuación natural, la expansión creativa de las anotaciones y reflexiones precedentes. La escritura será muchas veces simplemente poner en orden aquellos textos, pasar a limpio —y si fuera posible, hermosamente— la reflexión madurada durante mucho tiempo.

La lectura resulta del todo indispensable en una vida intelectual: "Leemos para vivir"¹⁰. La literatura es la mejor manera de educar la imaginación; es también muchas veces un buen modo de aprender a escribir de la mano de los autores clásicos y de los grandes escritores y resulta siempre una fuente riquísima de sugerencias. Así como la tarea escritora, con sus penas y sus gozos, suele ser comparada a los dolores y alegrías del parto, la lectura es siempre lactancia filosófica. Quien no ha descubierto el placer de la lectura en su infancia o en la primera juventud no puede dedicarse a la vida intelectual, o en todo caso tiene que empezar por ahí, leyendo, leyendo mucho y por placer. No importa que lo que leamos no sean las cumbres de la literatura universal, basta con que atraiga nuestra imaginación y disfrutemos leyendo.

"Leer no es, como pudiera pensarse, una conducta privada, sino una transacción social si —y se trata de un SI en mayúsculas— la literatura es buena"¹¹. Si el libro es bueno, — prosigue Walker Percy— aunque se esté leyendo sólo para uno, lo que ahí ocurre es un tipo muy especial de comunicación entre el lector y el escritor: esa comunicación nos descubre que lo más íntimo e inefable de nosotros mismos es parte de la experiencia humana universal. Como explica en *Tierras de penumbra* el estudiante pobre, descubierto robando un libro en *Blackwell's*, "leemos para comprobar que no estamos solos". Hace falta una peculiar sintonía entre autor y lector, pues un libro es siempre "un puente entre el alma de un escritor y la sensibilidad de un lector"¹². Por eso no tiene ningún sentido torturarse leyendo libros que no atraigan nuestra atención, ni obligarse a terminar un libro por el simple motivo de que lo

¹⁰ B. Gopegui, "El otro lado de este mundo", *Babelia* 27 mayo 1995, p. 2.

¹¹ W. Percy, *Signposts in a Strange Land*, Farrar, Straus & Giroux, New York, 1991, p. 358.

¹² A Amorós, "Leer humaniza", *Vela Mayor* 2, 1995, pp. 30.

hayamos comenzado. Resulta contraproducente. Hay millares de libros buenísimos que no tendremos tiempo de llegar a leer en toda nuestra vida por muy prolongada que ésta sea. Por eso recomiendo siempre dejar la lectura de un libro que a la página treinta no nos haya cautivado. Como escribió Oscar Wilde, "para conocer la cosecha y la calidad de un vino no es necesario beberse todo el barril. En media hora puede decidirse perfectamente si merece o no la pena un libro. En realidad hay de sobra con diez minutos, si se tiene sensibilidad para la forma. ¿Quién estaría dispuesto a empaparse de un libro aburrido? Con probarlo es suficiente"¹³.

¿Qué libros leer? Aquellos que nos apetezcan por la razón que sea. Un buen motivo para leer un libro concreto es que le haya gustado a alguien a quien apreciemos y nos lo haya recomendado. Otra buena razón es la de haber leído antes con gusto algún otro libro del mismo autor y haber percibido esa sintonía. Conforme se leen más libros de un autor, de una época o de una materia determinada, se gana una mayor familiaridad con ese entorno que permite incluso disfrutar más, hasta que llega un momento que sustituimos ese foco de interés por otro totalmente nuevo.

¿En qué orden leer? Sin ningún orden. Basta con tener los libros apilados en un montón o en una lista para irlos leyendo uno detrás de otro, de forma que no leamos más de dos o tres libros a la vez. Está bien el tener un plan de lecturas, pero sin obsesionarse, porque se trata de leer sin más lo que a uno le guste y porque le guste. Al final eso deja un poso, aunque parezca que uno no se acuerda de nada. Suelo dar prioridad a los libros más cortos, eso favorece además la impresión subjetiva de que uno va progresando en sus lecturas. Otras personas gustan de alternar un libro largo con uno corto. Depende también del tiempo de que uno disponga, pero hay que ir siempre a todas partes con el libro (al menos con el *ebook* en el móvil) que estemos leyendo para así aprovechar las esperas y los tiempos muertos.

¿Cómo leer? Recomendando siempre leer con un lápiz en la mano, o en el bolsillo, para hacer una pequeña raya al margen de aquel pasaje o aquella expresión con la que hemos "enganchado" y nos gustaría anotar o fotocopiar, y también llevar dentro del libro una octavilla que nos sirva de punto y en la que vayamos anotando los números de esas páginas que hemos señalado, alguna palabra que queramos buscar en el diccionario, o aquella reflexión o idea que nos ha sugerido la lectura. "El intelectual es, sencillamente, —escribía Steiner— un ser humano que cuando lee un libro tiene un lápiz en la mano"¹⁴.

3. Aprender a escribir

Con alguna frecuencia quienes han estudiado a Peirce o a Wittgenstein quedan sorprendidos por la tesis que ambos comparten de que los seres humanos no poseemos una facultad de introspección, no tenemos una mirada interior que nos otorgue un acceso privilegiado a lo que nos pasa. Aunque a primera vista esto pueda parecer extraño, todos tenemos experiencia de que muy a menudo aprendemos sobre nosotros mismos escuchando a los demás, a lo que ellos dicen de nosotros o incluso de sí mismos. Los seres humanos, cuando tratamos de mirar dentro de nosotros mismos a solas, nos vemos siempre como algo irremediabilmente misterioso y opaco, en conflicto cada uno consigo mismo, en tensión permanente ante deseos opuestos y objetivos contradictorios. Una manera de crecer en esa

¹³ O. Wilde, *El arte del ingenio*, Madrid, Valdemar, 1995, p. 113

¹⁴ G. Steiner, "El lector infrecuente", *ABC Literario*, 3 octubre 1997, p. 19.

comprensión personal se encuentra en el esfuerzo por expresar por escrito esas contradicciones, experiencias, estados de ánimo y afectos. Por eso, una tarea de singular importancia en la vida intelectual es la articulación narrativa de la propia biografía, tanto de la vida pasada como de la proyección imaginaria en el futuro de las más íntimas aspiraciones vitales. Esta es la manera en que se abre la vía para llegar a ser el autor efectivo de la propia vida.

Una experiencia prácticamente universal es que ayuda bastante a comprender un problema, sea de la naturaleza que sea, intentar describirlo de forma sumaria por escrito. Por de pronto, describir por escrito el problema en el que uno está metido alivia mucho la tensión interior. Además, muy a menudo, una buena descripción del problema suele sugerir ya las vías de su posible solución. Esto es así en muchas áreas técnicas, pero en especial suele ser de extraordinaria eficacia en el riquísimo y complejo mundo de las relaciones personales. Ante una situación de incomunicación, de incomprensión o de malentendidos en el ámbito profesional, familiar o social, la descripción por escrito de ese problema nos ayuda a comprenderlo mucho mejor, y sobre todo a entender el papel de uno mismo en esa situación. Escribiéndolo ya no es el problema el que nos domina, sino que somos nosotros quienes al plasmarlo sobre el papel, lo delimitamos y lo hacemos manejable. Hay algo, quizás inconsciente, que nos sugiere que si puede ser escrito, puede ser controlado. Y, aunque el problema continúe sin solución, nos parece menos problemático y nos resulta más fácil comenzar a buscar el modo de resolverlo.

Para aprender a escribir lo único indispensable es escribir mucho; con la paciencia infinita de un buey¹⁵, pero también con su tenacidad y constancia: una palabra detrás de otra. Para escribir bien lo más importante es escribir despacio y corregir mucho lo escrito. Como la escritura es expresión de la propia interioridad no puede hacerse con prisas, de forma apresurada.

Para quienes necesitan escribir y no saben qué o no tienen dónde, puede resultar un buen espacio creativo el llevar algo así como un diario. La expresión romana *Nulla dies sine linea*, empleada en su ex libris por Viollet-le-Duc como invitación a dibujar cada día, puede animar también a quienes aspiren a desarrollar sus hábitos literarios. Resulta de muy escaso interés el registro pormenorizado de los incidentes cotidianos ("hoy hemos comido pollo"), pero en cambio puede facilitar mucho la creatividad personal el tener una libreta en la que uno vaya anotando sus reflexiones u ocurrencias casuales, una detrás de otra, sin más título que la fecha del día en que las escribe. Un diario así no ha de tener el carácter de un registro íntimo, sino más bien una cierta pretensión literaria. Su redacción ha de estar movida por un esfuerzo creativo y comunicativo que permitiera, si llegara el caso, su lectura por otros. Ya Séneca en el siglo I recomendaba ese estilo de vida: "Considérate feliz cuando puedas vivir a la vista de todos"¹⁶.

Resulta muy práctico también aprovechar las ocasiones que brinda la vida de relación social para aficionarse a escribir cartas, mensajes o lo que sea a través de las redes sociales o los diversos medios electrónicos. Los escritores efectivos o potenciales, que de ordinario vamos mendigando lectores, tenemos en el género epistolar un campo privilegiado de trabajo. Cada carta o mensaje electrónico que se escribe es una estupenda ocasión de disfrutar tratando de producir un texto en el que se articulen, si fuera posible hermosamente, experiencias y

¹⁵ V. Van Gogh, *Cartas a Théo*, Labor, Barcelona, 1992, p. 109.

¹⁶ Séneca, *Epístolas a Lucilio*, Península, Barcelona, 1995, 43.3, p. 37.

razones. Como escribió Salinas, quien "acaba una carta sabe de sí un poco más de lo que sabía antes; sabe lo que quiere comunicar al otro ser"¹⁷. Además de lo que se escriba por gusto, las circunstancias profesionales o sociales obligan con frecuencia a escribir "de encargo", por obligación: desde la biografía breve que se pide en una solicitud hasta el resumen de un proyecto o un trabajo académico, el elogio en la muerte de un amigo o el brindis en una ocasión feliz. Vale la pena tratar de convertir cada uno de esos encargos en una pequeña obra de arte, al menos en una obra del mejor arte del que cada uno sea capaz dentro del tiempo disponible en cada caso.

Para quien se dedica a la universidad escribir es vivir en sentido literal. No solo porque va a ser evaluado por lo que escriba (*To publish or to perish!*), sino sobre todo porque la escritura es la que confiere hondura a su pensamiento y, a la vez, hace posible su publicidad y comunicación. Como se ha dicho, escribir es la manera de poner en limpio lo que pensamos. Al escribir ponemos a prueba el fuste y claridad de nuestras ideas. A diferencia de algunas áreas del saber en las que es posible hacer primero el trabajo experimental y luego simplemente ponerlo por escrito, en las humanidades y en muchos otros campos, el esfuerzo por poner por escrito las ideas es precisamente lo que hace que éstas se desarrollen¹⁸.

4. Conclusión

Escribir, leer, volver a leer y volver a escribir: son los recursos del pensar. Escribir es poner en limpio lo pensado, leer es comprender lo pensado por otros. Ese es el telar en el que se teje nuestra vida intelectual. Lo único realmente importante es no parar de pensar, porque los seres humanos siempre podemos pensar más y eso nos hace cada vez más humanos, cada vez mejores.

¹⁷ P. Salinas, *Ensayos completos*, Taurus, Madrid, 1981, vol. II, p. 233.

¹⁸ R. Rhees (ed.), *Recollections of Wittgenstein*, Oxford University Press, Oxford, 1984, p. 109.